

es bastante activo, y la vegetacion asoma entonces con tanta prontitud como en Suecia y Noruega.

Un viajero francés que ha visitado la Rusia en estos últimos tiempos, ha hecho sobre San Petersburgo observaciones muy curiosas, en vista de las cuales ha compuesto un libro, el que tenemos presente para añadir lo que apuntamos respecto á la indicada capital de San Petersburgo. He aqui como se espresa.

«Una gran maravilla, creada en el siglo último y á la cual cada dia añade, si asi puede decirse, una nueva maravilla, es sin disputa la ciudad de San Petersburgo. Esta magnífica ciudad, poco conocida todavia á pesar de la facilidad de las comunicaciones modernas, puede ser considerada como la mas completa manifestacion del genio moscovita; lleva impresa en todos sus edificios aquella fuerza de voluntad, aquel espíritu de persistencia inherente á la nacion rusa, cualidades que no sirven solamente para fundar capitales, sino ademas para asentar las bases de los grandes poderes.

»Cuando en un dia de verano, el viajero, dejando las aguas del golfo de Finlandia, se encuentra de repente trasladado al seno de la magnífica ciudad de Pedro el Grande, no puede menos de quedar sorprendido á la vista del cuadro que se presenta á sus ojos.

»El Neva no es, en efecto, un rio comun. Ancho como un bósforo de agua dulce de superficie trasparente, corre fecundo reflejando en su limpido espejo una doble hilera de elegantes palacios, de suntuosos edificios, de monumentos de bronce, de oro, de pórfiro, de mármol, de granito, sembrados profusamente en sus riberas.

»La ciudad aparece, pues, á los ojos del maravilloso viajero, sin ninguna de aquellas vulgares transiciones que preparan la aproximacion de las grandes ciudades. Se creeria al verla tan fresca y rozagante sobre las márgenes de su ancho rio, que ha sido creada por mano encantada de alguna hada. Vista desde el punto que acabamos de indicar, San Petersburgo no presenta mas que maravillas monumentales. La casa mas pequeña es un hotel; el hotel mas pequeño es un palacio, y los palacios pueden ser considerados como templos.

»Ciertamente, al aspecto de este imponente y maravilloso cuadro, de este rio surcado en todos sentidos por los pirocafes, á la vista de aquellos puentes que se doblagan bajo la perpétua rotacion de los carruages; á la vista de aquel panorama animado, pintoresco y magnífico, ciertamente, el viajero admirado, está lejos de pensar que en los mismos lugares no se hubiesen distinguido, hace menos de 130 años, mas que vastos pantanos cubiertos de malezas y atravesados por un rio solitario, cuyo curso, continuamente obstruido por las yerbas y la arena que contenía, repartía sus aguas por entre los matorrales de su ribera, donde sostenía una porcion de pútridos miasmas. Era un desierto húmedo y mal sano, hasta que el invierno venia á convertirle en un desierto de hielo.

»Este desierto pertenecía á la Suecia: era menester vencerla para arrasarla; era preciso en seguida vencer el desierto, es decir, desecarle, consolidar el terreno, horadar los bosques, purificar los aires, crear, si asi puede decirse, un suelo donde pudiera asentarse una ciudad, y una atmósfera donde pudiese respirar un pueblo (1). Era un milagro lo que habia que hacer; y

se llevó á efecto por la voluntad de un hombre, pero de un hombre que mandaba una nacion disciplinada.

»No será fuera de propósito observar aqui, que tenemos con respecto á la Rusia opiniones demasiado absolutas y un tanto erróneas; Voltaire las ha tenido tambien; él nos ha hecho considerar la fundacion de San Petersburgo como la del primer príncipe moscovita que ha tenido la idea de introducir en Rusia la civilizacion occidental. Es un error. Cuando Pedro I acometió la empresa de dar á la Rusia la civilizacion de los pueblos europeos, no hizo mas que obedecer el pensamiento de Juan III, de Juan IV, de Boris Godounoff, y sobre todo de su padre, el czar Alejo; pero dotado de un genio que no habian tenido ninguno de aquellos príncipes, puso la civilizacion, digámoslo asi, á la órden del dia, y la decretó por un ukase. Añadamos que la fuerza de las circunstancias impulsaba á la Rusia en las vias occidentales. ¿Qué podia haber entre sus inquietos vecinos de Oeste, y sus bárbaros vecinos de Oriente y del Mediodía, sino volverse hácia la Europa para pedir á sus instituciones la fuerza de defenderse y la fuerza de atacar? Pedro I lo comprendió perfectamente, y por eso atendió primero á las instituciones militares.

»Se acordó que los rusos habian en otro tiempo poseído la Ingria, testigo de la gran victoria del príncipe Novogorod en las márgenes del Neva.

»El czar, que queria *abrir una ventana al Occidente* como él decia, juzgó que la estremidad del golfo de Finlandia, en la embocadura del Neva, era el lugar conveniente á sus designios. Pero el Neva y el golfo estaban en poder de los suecos. «Sé que ellos le ganarán primero, dijo con aquella conciencia del hombre superior que no abandona nada á la casualidad; pero á fuerza de batirnos nos enseñarán á vencerlos.»

»En 1703, la Ingria y el curso entero del Neva pertenecian á los rusos.

»El Neva, á algunos kilómetros de su embocadura, se divide en distintos brazos, todos anchos y profundos, formando de este modo muchas islas, entonces estanques y cenagales, y hoy uno de los mas encantadores adornos de San Petersburgo. Esta disposicion topográfica hirió la mente de Pedro el Grande. Designó, para edificar alli una fortaleza, un islote maravillosamente situado entre el rio que le rodeaba por un lado, y un pantano impracticable que le guardaba por otro. Esta fortaleza debia proteger la ciudad, que en su pensamiento habia evitado se fundase en sus riberas. Esta era la ventana que él queria abrir á la Europa.

»Procuremos, dar á conocer algunas partes de San Petersburgo, escogitando por cada una de ellas uno de los dos aspectos opuestos, bajo los cuales conviene examinar esta capital: el aspecto del verano y el aspecto del invierno.

Hemos supuesto al viajero llegando por el Neva, y penetrando del primer salto en el centro de la ciudad, sobre uno de aquellos rápidos *paquebots* que arriban alli todos los dias de todos los puertos de Europa. En este mismo punto de vista vamos á colocarnos:

En primer lugar no se experimenta ninguna transicion entre las costas arboladas del golfo, entre la bahía arenosa donde llegan á perderse las aguas del

por los miasmas pestilenciales que salian de los pantanos de la Ingria, atacó á la guarnicion de una fortaleza sueca (Sautzev-Nya), que guardaba esta provincia. Solo dos soldados fueron los que se salvaron.

(1) En 1614 una enfermedad contagiosa, producida

Neva y las primeras habitaciones que anuncian la capital de los czares. Apenas se han observado los techos y las altas chimeneas de algunas fábricas escalonadas á lo largo de la ribera, encontramos el ancho y hermoso río bordado de palacios y monumentos. A la izquierda se ve una isla, Wassili-Ostroff, donde debía elevarse primeramente Petersburgo, y que hoy no forma de ella mas que una seccion; es el barrio del comercio. Por eso aquellas casas tan blancas y caprichosas pertenecen á negociantes. Mas lejos está la Academia de Bellas artes, cuyo edificio es muy puro y enteramente clásico; mas lejos todavía, cerca de un obelisco de mármol gris está el Cuerpo de los cadetes del ejército, vasta institucion militar debida á la emperatriz Catalina II. En seguida se ve el estenso edificio de la Universidad, que encerraba en otro tiempo toda la administracion rusa (los doce colegios); el de la Academia de las Ciencias, y últimamente el de la Bolsa, situado al extremo de la isla y enfrente de la fortaleza. Es uno de los mejores edificios de San Petersburgo. Se creería ver un hermoso templo griego, cuyas cuarenta columnas adornan el recinto.

Sobre el lado opuesto, el que mira á Wassili-Ostroff, se presenta el malecon inglés con la larga linea de sus elegantes hoteles, los pretiles de granito que encajonan el río, y sus anchas baldosas, siempre limpias y regadas de arena como para la celebracion de alguna fiesta. Entre estos hoteles, todos decorados de balcones como los de los palacios venecianos, se eleva el frontin griego y la columna corintia del museo Roumiatsoff, cuyas hojas de acanto encierran una inmensa colonia de palomas, volátiles muy respetados del pueblo ruso. El malecon confina con el palacio del Senado, cercano al cual se halla la bella residencia de la condesa de Laval, obra maestra de arquitectura moderna y que fué mucho tiempo una de las casas mas hospitalarias de San Petersburgo, donde la hospitalidad es tan comun.

Pero el *paquebot* se ha detenido delante de uno de los numerosos desembarcaderos del malecon. Bajemos al embaldosado y sigamos por él hasta llegar á la plaza del Senado. Estamos delante del palacio de este gran cuerpo judicial de Rusia, que es tambien casi el primer cuerpo político despues del consejo del imperio. El senado fué fundado en 1711 por Pedro el Grande, que fundó tantas cosas. El palacio senatorial corresponde por su grandeza y la severidad de su arquitectura á su elevado y grave destino. A sus lados y en la misma linea se estiende el palacio del Sínodo. Los dos edificios, unidos por medio de un arco, forman uno de los lados de la plaza donde se eleva la estatua ecuestre de Pedro el Grande.

En una hermosa tarde de verano, cuando el sol poniente, siempre espléndido en estas altas latitudes, incendia el horizonte, entonces es cuando debe admirarse esta estatua gigantesca. Pero si en este momento descendemos la vista y contemplamos la silenciosa plaza que la estatua domina, nos entristecemos involuntariamente, pensando que allí mismo la obra regeneradora del grande hombre estuvo á punto de perecer.

Era el 14 de diciembre de 1825. Despues de mucho tiempo de tranquilidad, algunas jóvenes imagines exaltadas soñaron hacer una revolucion en su patria. Habiase formado una sociedad secreta, en la que los jóvenes mas acalorados elaboraban locamente una nueva organizacion social para la Rusia. Varios

enanos habian imaginado demoler la obra gigante. La muerte del emperador Alejandro y la renuncia al trono del gran duque Constantino en favor de su hermano el gran duque Nicolás, pareció una ocasion favorable para su intento. La mayor parte de los conspiradores formaba parte de la guardia, y por consecuencia no les fué muy difícil seducir algunos regimientos, que sin comprenderlos, consintieron en formarse en batalla en la plaza del Senado, en presencia de aquella misma estatua cuyo estendido brazo no podia á la sazón espresar mas que una amenaza terrible. Los soldados, fieles á la leccion que habian aprendido, gritaban viva la *Constitucion*, creyendo que gritaban viva Constantina (1), es decir, la muger del gran duque Constantino, heredera directa del emperador difunto.

Los proyectos de los conjurados eran funestos. Se trataba nada menos que de comenzar por apoderarse de la familia imperial, á la que hubieran hecho desaparecer despues de haber establecido un gobierno provisional. ¡Pobre Rusia si la Providencia hubiera permitido el éxito de semejante complot! Habian olvidado en su ceguedad, que aquel que representaba la imagen de bronce que veian allí, habia sofocado en otro tiempo revoluciones mas peligrosas; habian olvidado que los terribles strelitz, aquellos pretores del Norte, habian sido destruidos por su mano poderosa, y que aquel á quien atacaban tan locamente tenia el alma tan templada como la de su abuelo.

Quando se supo lo que pasaba, el emperador sale de su palacio, y seguido de un corto número de oficiales de superior graduacion, se encamina al sitio de la revolucion, no muy distante del palacio. Se presenta tranquilo y con la frente erguida en presencia de los insurgentes. Los soldados, intimidados con tan inesperada aparicion, la cual no entraba en el programa de los revoltosos, se callan un momento, pero no retroceden. Uno de los gefes del complot se adelanta con una pistola en la mano, y la descarga contra uno de los ayudantes de campo del emperador. El conde Milosadowitch cayó mortalmente herido al lado del soberano. El emperador entonces se adelanta, y su voz grave y severa hace palidecer á los revolucionarios, que se obstinan, no obstante, en guardar su posicion. En este momento llegó trotando el fiel regimiento de Apraxin, que cargó vigorosamente; siguió despues la artillería, y antes que terminara el día estaba sofocada la revolucion, y sus gefes pasados á cuchillo.

El emperador Nicolás está dotado de una energía de carácter, de un espíritu de resolucion dignos de su elevado poder. Su alma está templada á la antigua, y si podemos espresarnos así, fundida en bronce como la estatua de su abuelo. A sus ojos los derechos del soberano no son mas que un correctivo rigoroso de los deberes que los acompañan; y si sostiene los primeros, no escasea los segundos.

Acabamos de ver á este príncipe en presencia de la conmocion militar del 14 de diciembre. Héle aquí seis años despues en presencia de otra conmocion, la mas peligrosa, porque acaba de nacer espontáneamente en el seno del pueblo, ciego por la ignorancia y las preocupaciones (en julio de 1831).

(1) La palabra *Constitucion*, no teniendo equivalente en ruso, no era comprendida de los soldados, que pronunciándola mal, la tomaban naturalmente por el nombre de Constantino, fementizado segun el uso ruso.

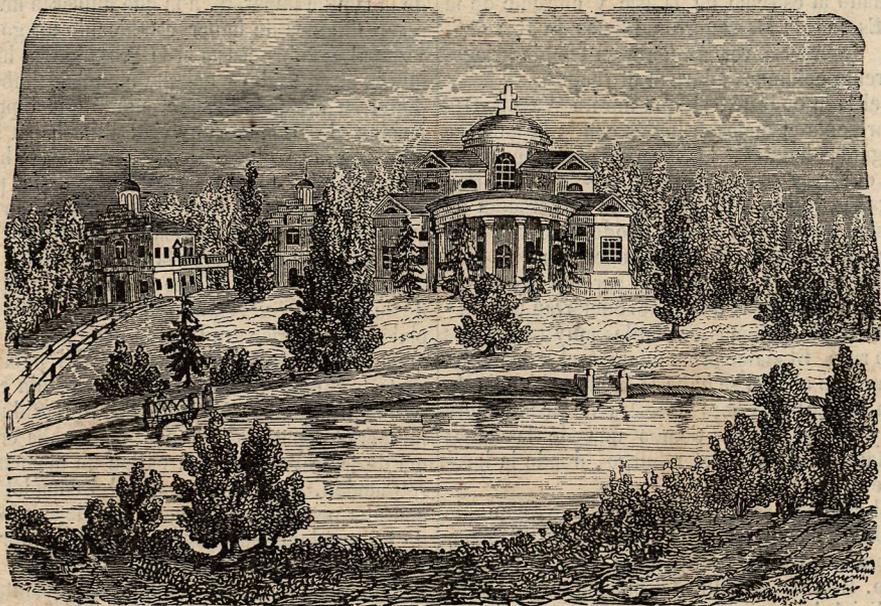
La plaza de la Sennoi, situada en el centro de la ciudad, es una de las mas populosas. Está circuida de bazares, de fondas, de tabernas y de tiendas ambulantes, que sostienen allí un perpétuo vaiven. Los mougiks (los campesinos) acuden aquí en gran número. Ahora bien, durante el verano de 1831, el mismo año de la guerra de Polonia, el cólera invadía cruelmente á San Petersburgo, y el pueblo, diezmado por este invisible azote, cuya causa se ignoraba, desalentado y desesperado, empezó á gritar: *envenenamiento*. Primero acusaron de este crimen á los médicos alemanes y despues á los polacos; la irritacion llegó á su colmo. Reunido el pueblo en la plaza que acabamos de mencionar, blandía el hacha, esta arma terrible que lleva siempre el campesino colgada de su cintura. Los aires repetían los ecos de muerte, y el terror se difundió por toda la ciudad.

que se une á la del Almirantazgo como la primera. Estamos en presencia de la columna Alejandrina. Al ver esta inmensa columna de granito y de bronce, toda de una pieza, delante de la residencia del czar, se diría que era un recuerdo colosal de la época de los Titanes. Todos los monumentos rusos tienen proporciones gigantescas.

Este fué inaugurado en el mes de agosto de 1834, en presencia de 100,000 soldados, entre los cuales fueron llamados todos los veteranos de 1812, 1813 y 1814.

El día de esta solemne inauguracion fué un hermoso día para el país, pero muy triste para los franceses, cuyo destino los habia impulsado á esta tierra lejana, pues les recordaba las derrotas de su patria.

Sin embargo, los rusos no se enorgullecen con este triunfo, y el gran capitán vencido no ha dejado de ser



San Petersburgo.—Casa de recreo en las islas.

El emperador tiene conocimiento de esta fermentación, monta en su carruaje, y llega como el rayo á la plaza donde estaba el pueblo amotinado. Desciende al instante del carruaje, súbese sobre el pilar de una iglesia y desde allí, dominando con su alta estatura al aterrado pueblo:

—¿Qué es esto? esclama con una voz acentuada por la emoción ¿no sois ya vosotros los hijos de la santa y piadosa Rusia? . . . ¿os rebelais contra el cielo? ¡Hermanos, volved en vosotros! Dios es el que nos castiga; arrodillémonos, y reguémosle con fervor para que detenga el rayo que desola nuestra patria.

Y diciendo y haciendo, el emperador se inclinó, y en el mismo instante, á su ejemplo, se prosternó todo el pueblo.

La plaza del Senado confina con la del Almirantazgo, de la cual forma realmente parte. Sigamos por el fresco barrio y por el verdoso recinto de tilos que rodean los edificios de la marina, y dejando á la derecha la hermosa iglesia de San Isaac con su cúpula gigantesca, sus cuatro frontones de bronce y sus columnas de pórfiro, lleguemos á la plaza del Palacio,

para ellos el objeto de una constante admiración. La imagen de Napoleon adorna todas sus residencias; se la vé en los mas suntuosos hoteles, como en las mas humildes casas de los campesinos. No hay un hijo de las campiñas moscovitas á quien no sea familiar el nombre de Napoleon. El recuerdo de los franceses de 1812 ha quedado sin rencor en la memoria de este excelente pueblo.

—¿Qué significa la palabra *kamerad*? nos preguntaba un día un mercader que la casualidad nos habia dado por compañero en el camino de Moscou.

—¿Quereis decir *camarada* sin duda?

—Si señor, *camarada* es su significacion.

Dejamos satisfecha su pregunta.

—¿Por qué nos haceis esa pregunta?...

—Porque en 1812 los soldados franceses, alojados en casa de mi padre, me ponían sobre sus rodillas (yo entonces era un niño) y me llamaban su joven *camarade*.

—¿Qué recuerdos tenéis de estos franceses? ¿Tuviron vuestros padres motivos para quejarse?

—¡Oh, no señor! eran buenos compañeros (*dobri-*

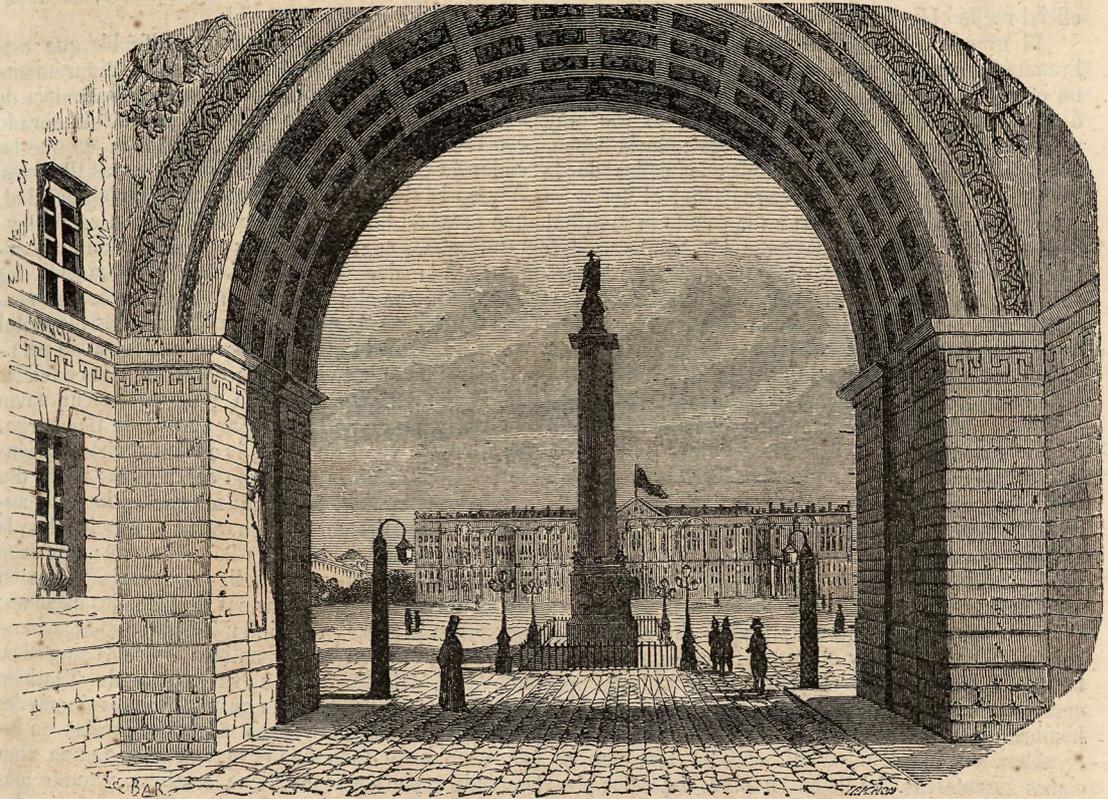
lioni, hombres buenos), que no nos hicieron daño, al contrario.

Esta última palabra nos pareció muy cándida. El palacio de invierno, habitación ordinaria de los soberanos de Rusia, no data mas que desde 1734. Nada es antiguo en San Petersburgo. Fué mandado hacer por la emperatriz Isabel al conde de Rastrelli, uno de los mas hábiles arquitectos italianos del siglo XVIII. En 1762 ya estaba terminado. Es un edificio que forma un enorme paralelogramo de sesenta y cinco toesas de estension por una latitud de cincuenta. Se prolonga sobre el Neva y mira á la fortaleza que se estiende sobre la ribera opuesta, sombría y muda, enfrente de la ciudad animada y brillante (1).

El primer piso del palacio de invierno está consa-

te, y bien pronto nobles, plebeyos, mercaderes y proletarios, soldados y paisanos penetran juntos en el palacio. Se convida á la poblacion entera; y la poblacion entera no falta. Mas de 60,000 individuos penetran esa noche en la residencia imperial, donde el soberano, de gran uniforme, acompañado de su córte en traje oficial, discurre por entre el oleage de esta multitud curiosa y benévola. Se detiene delante de los grupos y habla con los mas humildes de los hijos del pueblo, que le responden y le tutean (1). El czar comprende que en él reside toda la fuerza de este pueblo, del cual él es el poderoso *delegado*.

Se han referido muchas anécdotas, relativas al facto y á la delicadeza de la emperatriz Catalina en ciertas circunstancias. He aqui un rasgo que hemos



San Petersburgo —Plaza del palacio imperial.

grado á las ceremonias de la córte, á los festejos y á los dias de gala. Se llega á él por una ancha escalera de mármol destinada á los embajadores y á los dignatarios del imperio los dias de gran recepcion; pero tambien por esta escalera, todos los años, es admitido el pueblo en esta suntuosa residencia para asistir en ella el 1.º de enero, al sarao que le da el emperador, pues el emperador es el gefe, el padre de la gran familia moscovita, y sencillamente recibe á sus hijos en su casa lo menos una vez al año.

Pues bien, la noche del 1.º de enero se ilumina el palacio con todas sus arañas, se adorna magnificamen-

te, y bien pronto nobles, plebeyos, mercaderes y proletarios, soldados y paisanos penetran juntos en el palacio. Se convida á la poblacion entera; y la poblacion entera no falta. Mas de 60,000 individuos penetran esa noche en la residencia imperial, donde el soberano, de gran uniforme, acompañado de su córte en traje oficial, discurre por entre el oleage de esta multitud curiosa y benévola. Se detiene delante de los grupos y habla con los mas humildes de los hijos del pueblo, que le responden y le tutean (1). El czar comprende que en él reside toda la fuerza de este pueblo, del cual él es el poderoso *delegado*.

Se han referido muchas anécdotas, relativas al facto y á la delicadeza de la emperatriz Catalina en ciertas circunstancias. He aqui un rasgo que hemos oido referir al principe Alejandro Gallitzin, que habia sido page de esta princesa. Esto era durante la guerra que dió el Quersoneso Táurico á la Rusia. Un valiente capitán que deseaba con vehemencia la cruz de San Vladimiro, habiéndose distinguido en el sitio de Ochsakoff, no recibió mas que una espada de honor por recompensa. No quedó contento; pero redoblando su valor el mismo oficial, no tardó en distinguirse de nuevo, y esta vez fué propuesto para la indicada condecoracion. Fuese por error de las oficinas, fuese por otra causa cualquiera, le dieron otra espada de honor. Llegó al colmo su despecho, y habiendo terminado la guerra, vino á San Petersburgo y solicitó una audiencia de la emperatriz, la cual le recibió con bondad, y de púes de haber

(1) Se vé en su recinto la casa de Pedro el Grande, y las tumbas de los soberanos rusos que contienen las bóvedas de la iglesia. Está tambien en la fortaleza el tesoro y la casa de moneda.

*Viage ilustrado.*

(1) El campesino ruso tutea siempre al soberano.

Alabado su valor, le preguntó lo que podía hacer por él para serle agradable.

—Vuestra magestad, respondió el capitán; ya me ha dado por dos veces señales inequívocas de su gratitud; solamente temo que dándome últimamente una espada de honor, hubiese V. M. olvidado que ya había recibido otra de su benevolencia, y es muy difícil servirse de dos espadas á un tiempo.

—No señor, yo no lo había olvidado; pero veo que se han descuidado en explicarnos mi intención. Lo haré yo misma: os he enviado dos espadas, caballero, para que vos las hagáis colocar en vuestro escudo, lo que os mando hacer desde hoy. Esto será para vuestros descendientes un recuerdo de vuestra brillante conducta.

Es inútil añadir, que al día siguiente el valiente oficial recibió la cruz de San Vladimiro tan deseada.

El grande y magnífico palacio de invierno del Eremitorio que ya hemos descrito, llegó á ser presa de un incendio en el invierno de 1837, en el mes de diciembre, en el cual se experimentaba un frío muy rigoroso. El fuego se declaró á las diez de la noche. A los gritos que resonaron en todas las calles de la ciudad de: ¡el palacio de invierno arde! el terror se propagó por todas partes. En un momento la multitud llenó la inmensa plaza y llegaron los bomberos. Las llamas salían á un mismo tiempo por todos los balcones superiores, cuyos cristales habían estallado, y formaban una siniestra corona en la frente del edificio. Las estatuas que dominan el friso parecía que se animaban con el movimiento de las llamas.

El emperador en persona dirigía los trabajos que se hacían para apagar el incendio. Todos los habitantes de la inmensa residencia sorprendidos por el fuego pudieron salvarse. Una de las damas estaba detenida en su lecho acosada de fuertes dolores; pero la emperatriz declaró que no dejaría el palacio hasta que la enferma estuviera en lugar seguro.

El techo de la sala de los Marisca'es se desplomó en el momento en que algunos soldados se esforzaban en quitar la magnífica araña que adornaba el recinto. Varios fueron heridos, y el emperador mandó al instante dejaran quemar el palacio con todo lo que encerraba antes que esponer á la muerte un solo hombre.

Abandonado á sí mismo el incendio, tomó proporciones gigantescas. La llama envolvió todos los pisos á un mismo tiempo. El pueblo asistía á este espectáculo, cuando al otro lado de la llama, una columna de humo, alumbrada bien pronto por una viva claridad, demostró á la consternada multitud que un nuevo incendio acababa de estallar en Wassili-Ostroff.

Por una costumbre que data desde Pedro el Grande, los soberanos rusos deben recorrer todos los parages donde se ha declarado el incendio. Como gefes de la gran familia, deben dar ejemplo. Sin embargo, en esta circunstancia, el gran duque heredero creyó deber rogar al emperador que le permitiera reemplazarle, y pasar en lugar suyo al sitio donde el incendio acababa de indicarse.

El emperador le respondió:

—No, yo soy quien debo acudir allí; tú quédate aquí; si nuestra casa arde, tenemos medios para edificar otra; pero no hay seguridad de que los propietarios de allí abajo puedan hacer otro tanto.

Y separando un gran número de bombas que rodeaban su palacio, las envió á Wassili-Ostroff; y mon-

tando en su carroza fué precediendo á todos á los lugares siniestros, donde pasó la noche entera.

El palacio de invierno estuvo ardiendo durante el período de ocho días, y todo se convirtió en cenizas escepto los muros exteriores. Pues bien, dos años mas tarde, salía de sus cenizas mas suntuoso que antes, y esta vez á prueba de bomba.

Vamos á atravesar el puente de Troisk, que tiene una estension de mas de trescientas, cincuenta toesas, y posee unos treinta y tres pontones unidos entre sí por medio de cables y cadenas considerables.

Hemos procurado desde luego dar una idea general del aspecto de San Petersburgo, considerado desde el Neva á la altura del malecon Inglés; no será de menos interés que nos detengamos un instante aquí para ver su panorama en el parage opuesto, es decir, en medio del puente de Troisk.

Nunca hemos visto cosa mas admirable que este cuadro en una hermosa tarde de junio. Figurémonos un inmenso bósforo, reflejando en la transparencia de su superficie, unida á un cielo suavemente alumbrado con las tintas mas caprichosas, á la hora en que los cielos de Occidente están sumergidos en las tinieblas. Hay en la atmósfera un no sé qué de voluptuosidad, que presenta todos los objetos á la vez sin confundirlos. Sigamos con la vista el curso del rio en el Occidente; á la derecha está la fortaleza presa por las olas, donde se eleva una larga aguja, en la que vienen á perderse de cien maneras los últimos rayos del sol poniente; á la izquierda se ve una línea de palacios terminada por el palacio imperial y los edificios del almirantazgo, cuya flecha tiene encima un navío de oro, presente de la fastuosa ciudad de Hamburgo. De frente se ve el rio dividido en dos anchas corrientes, para abrazar la Bolsa con sus pórticos y sus dos inmensas columnas, faros clásicos que se tomarían mirados desde lejos por dos enormes centinelas que la guardan. A la derecha de la Bolsa hay una confusion de mástiles con sus mil pabellones, que despliegan en los aires los colores y las armas de todas las naciones; imagínese despues una infinidad de embarcaciones que se deslizan en todos sentidos sobre la superficie del Neva, dejando detrás un surco plateado. Tambien veremos en primer término grandes navíos inmóviles con sus prolongadas vergas negras elevadas en los aires, animado todo con el movimiento de una gran ciudad, cuya noche no tiene sombras, y tendremos una idea, aunque imperfecta y pálida, del cuadro que describimos.

Las islas forman parte de la ciudad, porque están enclavadas en su vasta circunferencia. Pasamos el pequeño rio de Parfolka, y nos encontramos en la isla de los *Boticarios*, llamada así por el jardin botánico que fundó allí Pedro I. Bonitas casitas italianas medio ocultas entre las flores adornan este camino, que acaba en un punto elevado sobre el *Pequeño Neva*, tres veces mas ancho que el Guadalquivir en Sevilla. Desde esta altura se domina la bella ciudad de Laval, enteramente perfumada de naranjos, como si se elevase sobre la bahía de Nápoles, cuyas limpidas aguas riegan la vegetacion. No distante de allí está la casa de campo del conde Nesselrode, el célebre diplomático que hace poco pronosticó los destinos tumultuosos de la Europa, en cuyos asuntos toma hace cuarenta años una parte tan activa.

No nos detendremos en Yelaquina, la isla de la emperatriz; pasemos por delante del palacio que la deco-

ra, y despues de haber circulado al través de su magnifico parque, entraremos en la isla de Krestofski, la mas grandes de todas, y propiedad de los principes Belochvisky. Es el punto de reunion favorito de los obreros alemanes y de los mercaderes rusos. Los primeros acuden allí á poblar las fondas, donde comen, fuman y beben al son de una ruidosa banda de música militar, y los otros se establecen allí tambien sobre la yerba de las márgenes del rio, ó bajo los árboles del interior de la isla. En ciertos dias del estío, los tártaros establecidos en el pais vienen á situarse bajo los álamos de la parte septentrional á celebrar una de sus fiestas.

Mas allá de estas islas, al otro lado del Neva, al Norte, grandes aldeas animan las riberas del rio.

Los habitantes de estas residencias campestres pueden gozar de una fiesta llena de originalidad. Nos referimos á la *fiesta del heno*.

Muchos centenares de segadores y segadoras procedentes de las aldeas inmediatas, se esparcen por las vastas praderas. Los trabajos comienzan desde por la mañana con una grande actividad, en medio de los cantos populares. Cuando llega la noche, hombres y mugeres se reunen para la comida comun, despues de lo cual dos ó tres de los primeros cogen la bailaika, especie de guitarra rusa de origen tártaro, mientras que una jóven y un robusto jóven se lanzan en mitad del gran circulo que acaba de formarse, y bailan su danza original y graciosa.

Los rusos se complacen en esta clase de festejos, y no hay recoleccion que no tenga los suyos especiales.

La bella estacion es rápida en San Petersburgo, y pasa mas pronto que en otra parte.

Aquel que no haya visitado la moderna capital de los czares sino durante la buena estacion, no habrá contemplado á esta graciosa ciudad bajo el punto de vista mas pintoresco y bajo su fisonomia mas original. Con efecto, este maravilloso conjunto de una magnífica capital, creada, por decirlo asi, en un abrir y cerrar de ojos, puede sorprender la imaginacion y cautivar la vista; pero al admirarla, se emplea mucho tiempo en descubrir en ella aquella originalidad de fisonomia moscovita, que deseariamos descubrir desde un principio en una metrópoli rusa. Tengamos paciencia. El invierno se acerca y borrará lo que existe de europeo en la ciudad de Pedro el Grande, para imprimirle aquel sello eminentemente nacional, que podria entonces disputar á la antigüedad la misma Moscou.

La trasformacion es completa. La ciudad risueña y caprichosa, tan deliciosamente pintoresca en las márgenes de su rio, ha desaparecido para presentar en lugar suyo una ciudad septentrional, fria, pálida y silenciosa. Envuélvela un manto de nieve, el rio se solidifica, y no presenta ya mas que una superficie helada, surcada acá y allá por rápidas narrias; algunas, procedentes de Laponia, van tiradas por renos.

Con frecuencia un cielo nebuloso y aplomado cubre la ciudad muda; otras veces el sol resplandece como en los mejores dias; pero sus rayos, descompuestos por la condensacion del aire, se rompen sobre las doradas cúpulas de las iglesias, que se ven brillar en el espacio con una luz rojiza y siniestra, semejante á aquellos globos alumbrados en lo alto de las torres, que anuncian durante la noche algun incendio á los consternados habitantes (1).

(1) En todos los barrios de San Petersburgo, donde *Viaje ilustrado*.

La nieve endurecida resiste las ruedas de los carruages, que producen un sonido metálico y vibrante. Por otra parte, su espesor debilita en las calles el ruido de los vehiculos, que se deslizan y pasan con rapidez como por encanto. Los pedáneos, envueltos en espesas pieles, transitan igualmente silenciosos, y como si desearan llegar pronto al parage donde se encaminan. No se ven mercaderes ambulantes como en la buena estacion, llevando sus mercancías sobre la cabeza, y anunciando con gritos lo que venden; ni aun perros; en una palabra, nada que venga á turbar el silencio de la gran ciudad, á la cual creeríamos dormida como cierta ciudad de un cuento árabe, sin otro movimiento que el que aparece durante la corta duracion del dia, el que por otro lado presenta una extraordinaria actividad (1). En ciertas calles, en la de Newsky, por ejemplo, está el movimiento aristocrático; en otros puntos, tales como la plaza de la Sennoi y las calles adyacentes, el movimiento es enteramente popular. La *perspectiva* de Newsky (2) es una inmensa calle con anchas aceras, que presenta un aspecto perfectamente uniforme y pintoresco; pero en esta estacion desaparece toda su belleza bajo una profunda capa de nieve, por donde transitan continuamente una infinidad de magníficos carruages. Esta calle, que comienza por la plaza del Almirantazgo, está cortada por los tres canales concéntricos, de los cuales hemos hablado ya: la Moika, el canal de Catalina y la Fontanka. El paseo de invierno se estiende entre el primero y el segundo de estos canales, que se pasan sobre anchos puentes de granito y de hierro de un trabajo hábil y atrevido. El último, el de la Fontanka, que se llama puente de Annitshkoff, cercano al palacio de este nombre, se distingue por cuatro caballos de bronce, obra admirable del baron Clot. Estos caballos corren sobre su base elevada; sus piernas traseras, finas y nerviosas, se plegan, y sus pies delanteros cortan el aire, y sus narices abiertas dejan escapar el humo ó el vapor de su agitado aliento.

Este puente sirve de limite al paseo aristocrático. La calle continúa siendo ancha y llena de magníficos hoteles; pero no tarda en perder su carácter para tomar el de los populosos barrios en que termina.

Es preciso ver la perspectiva de Newsky en un hermoso dia de invierno; entonces que el cielo es puro, el aire seco y la nieve brillante. Sobre la parte septentrional de este sitio se apiña una multitud compacta de elegantes paseantes; hermosas señoras adornadas con lujo, y ciñendo trages de colores preciosos y variados; las ricas pieles, el terciopelo, los cachemires de las Indias, flotan y besan la nieve. La mayor parte de los hombres son militares; dan el brazo á las señoras, y pasean juntos con aspecto mesurado y marcial. Los lacayos con brillantes libreas siguen á sus amos, al paso que los coches y narrias caminan despacio por en medio de la calle, ó esperan estacionados en un parage indicado.

El centro de la calle no está menos animado. Suntuosos carruages tirados por cuatro caballos hacen crugir la nieve al contacto de las ruedas. Los coches con su larga barba, sus ropones de paño ceñidos á la cadera por un cinturón de seda ó de oro, y sus

reside la policia se eleva una torre, en lo alto de la cual, globos de fuego anuncian los incendios durante la noche.

(1) Durante los meses de diciembre y enero no hay en San Petersburgo mas de cinco ó seis horas de dia.

(2) Las calles tiradas á cordel se llaman *perspectivas*.

